

LOLA ARIAS

Berlín

Al predilecto:

Desde el Berlín de los ángeles y las grúas
(Oh, Berlín desolado)
te extraño como se extraña a un siamés.

(Alelada ansío a mi doble de sangre, mi predilecto amante: el iluso.)

Desde Berlín te envío mis propuestas maritales:
Oh, inválido hermano ¿te casas conmigo?

El Padre huesudo me espía:
debemos casarnos a oscuras.
Yo vestiré las prendas del hombre y tú también.

Escribo la postal del desierto:
“En los cementerios pienso en ti”
y este apéndice es sincero.

Voy huyendo en el tren de Berlín a la nieve
con tapadito y maletín de enfermera en desuso,
llevo en frasquito a la Madre Osvalda, solo por ti.

El invierno ultraja mi pulmón en miniatura:
debes venir por mí o moriré.

Desde el Berlín del tajo te imploro,
hermano del este,
que me des un hijo o un perro idéntico a mí.

Te cazaré, primor, donde te encuentre
y formaremos la familia inverosímil:
Tú, yo, el perro y los niños retardados.

Las nupcias en el tren de la tragedia:
iremos travestidos con los ojos vendados.
Nos besaremos y nos arrojaremos del tren.

Desde el Berlín de los huérfanos,
te reto a un duelo de nombres.
Tu nombre contra el mío en una boda de hermanos.

He comprado un bebé en el zoológico
y se me ha muerto en las manos.
Estoy tan sola en Berlín.

Hay un ruso en el vagón que me pretende
voy a dejar que me viole pensando en ti.

Desde el Berlín del suicidio te envío,
Oh, gemelo adorado,
La postal de mi cuerpo en pedazos.

Las gemelas rusas

-Matar al padre.
La gemela besa a su hermana en la boca.
Cae la impúdica nieve sobre el beso imposible:
ese país, ese padre.

Las gemelas bailan vendadas en la frontera del odio:
lucen banderas blindadas.
Ese país es Rusia o cualquier otro.

-Matar al padre como fundar un reino:
“Llanura de huérfanos y lebreles”
Corren las niñas príncipe: a matar, a matar.

-Matar o el teatro de los desposeídos.
Niña puñal en la boca.

Las gemelas fingen el ser de la tragedia
 (tan primorosamente)
 montan sus caballos de hierro como locas.

Cruzan el desierto en corceles hacia la tierra del ogro.
 “No dudar, no temer, no tambalearse”

Las hermanas espían el mar en la oreja paterna
 El padre patria partido como el mapa de Europa.

Caen del desolado cielo: panes, hombros, gritos.
 La gemela besa a su hermana en la boca.

La rea durmiente

La madre enferma, dormida en el bidet como un ángel impúdico. La cabeza afeitada, roído el camisón y el suetercito que hiede. Torcida por la delicia fetal o el funesto doler, parece a mí, vieja gemela: Coja, viuda, loca de atarse las manos al balde, al toro, a la mesita de luz.

Asfixiada, en sus ardores se enreda la muy oronda. La lavo, le mojo la fiebre de leche, la arropo con toallas vulgares, me apiado.

- Oh, madre, puta mía, mi tesoro trunco, madre del vértigo. Hembra de las violentas ¿no ves mi amor pendenciero?

La mama pernocta infinita cual reina bestia, su sueño desafortado roe las horas.

“¿Qué sueña la rea durmiente? ¿Con qué afán o pérfido pretendiente? ¿Acaso finge la muerte por un mísero beso?”

-Madrecita, espanto, mi boca inútil te besaría tanto...

Le lloro encima y ni se inmuta la falluta, posa su sueño inmenso y retoza. La madre intensa, la obesa, me niega su manto de carne.

-Ay, mísera de mí, pobre escualo, cómo he de emprender la llanura sin ella.

La maja enferma se frunce en sus pieles gastadas. Su muslo de vaca voltea y aflora la espalda incinerada. Quisiera lamerla hasta matarla mas mi lengua es pequeña y débil.

-Ah, mamar, mamar, amar a la madre es devorarla.

-Oh, mame, madre del hambre, soy la miniatura de ti y el monstruo de pecho ¿por qué mi parto te aparta así?

La madre perdida, travestida de blanco, monta un trineo de huesos alejándose...

-Despierta, desgraciada, ¿qué será de mí?

La inmunda se empeña en morir, y en su torpeza, olvida este feto tras de sí.

Carta al padre

Te pido perdón por mi belleza y por el ultraje te perdono. Ansío, padre toro, que me des la muerte en la boca. La ínfima horca de un beso (paterno) que no es eterno pero provoca.

Padre, me he aislado en tu nombre: mi torre huesuda es endeble y hermosa. Bajo el vano catre en que me aparto los cadáveres de los amantes están atados. No diré que no he amado, he amado a los miles y sin consuelo.

Mi violencia es vanidosa, oh, padre del odio, y no sé no ser cruel. Los espejos y los niños y los perros me repelen, soy tu monstruo en miniatura, tu creatura refalosa, tu falso heredero. En cambio tú, progenitauro, luces todos los dones. Tu cuerno del infortunio es en mí la garganta de hielo; ventrílocua yo, hablas siempre por mí y adentro.

Pater, la enfermedad se afila en mi frente y te escribo con el traje de huerfanita. Soy la novia bestia, la inviolable, la que bebe tu vino y se toca. Me ofende la felicidad, todas las flores arbitrarias y su inmunda primavera. El fingimiento del paisaje para enamorar al ojo, cojo, que ya no desea.

Estoy sola cual hada del desierto, no tengo lazos con el mar ni con el sueño. Ya no duermo, ni como, ni me dejo tocar. Me repugno (las pezuñas y los apetitos sangrientos).

Padre, he deseado tu muerte cada noche, fingiendo ser el torero, la viuda o el sable carnicero. Me he visto matarte y morir, en una única embestida interminable. Y sin embargo, voy hacia ti con los ojos vendados de miedo. Te pido la boca, la ínfima horca del beso.

(de *Las impúdicas en el paraíso*)